

LA LUZ DEL PORVENIR

Gracia: 12 de Diciembre de 1889.

Precios de Suscripcion.

Barcelona un trimestre adelantado una peseta, fuera de Barcelona un año id. 4 pesetas. Extranjero y Ultramar un año id. 4 pesetas.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Sol 5, bajos,
y calle del Cañon 9, principal.

SE PUBLICA LOS JUEVES

Puntos de Suscripcion

En Lérida, Mayor 81, 2. En Madrid, Valverde 24, principal derecha. En Alicante, San Francisco, 28, imprenta.

SUMARIO.—Balada.—A un niño en un hospital.—¿No hay Dios? ¿No hay humanidad?—Canto de la ciegucecita florista.—Pensamientos.

BALADA.

Habia llovido y nevado toda la noche y aun casi toda la mañana: el cielo estaba encapotado, tristísimo, abrumador; hácia la una de la tarde el sol logró rasgar las nubes y brilló con inusitado esplendor. Hacía frio, mucho frio, como que era el último dia del año y las calles estaban intransitables por las lluvias y la nieve medio derretida; pero los rayos bienhechores del astro rey animaron á los mas cobardes y todo el mundo se echó fuera, especialmente niños y mamás. Tambien aprovechó la ocasión Isidrin, el pobre expósito, el niño del arroyo, el que jamás habia conocido padre ni madre, el que despues de errar de uno en otro asilo y de uno en otro barrio se habia visto recogido por una mujer que decia ser su abuela. Si el tal parentesco era fingido ó verdadero, nadie lo sabia, ni se cuidó de averiguarlo; el por que amparó al niño y le daba de comer, ó mejor dicho, no lo dejaba morir de hambre, tampoco lo supo nadie, ni intentó saberlo. Cariño no le demostraba apénas: lo mismo le daba un puntillon que un mendrugo, pero por este último no exigia nada de Isidrin. No lo enviaba á pedir limosna como tantos otros niños de la vecindad, ni lo mandaba á la escuela, ni le importaba que el chico se pasase el dia entero en la calle; únicamente queria que acudiese por la noche á casa, súa é infecta covacha difícil de comprender en una ciudad hermosa como Madrid. ¿Qué planes formó aquella mujer al prohijar el desvalido huérfano? Debian de ser muy lejanos porque el muchacho solo denotaba tener unos seis años. Pero la abuela podia tirar de lo largo en sus proyectos, quizá diabólicos, porque no era vieja. Tal vez estaba en la edad en que la mujer culta alcanza el apogeo de sus gracias, mas su pelo de color indefinible por el continuo descuido, su cutis negro y endurecido, sus arrugas semejantes á cordoban no consentian leer la edad de aquellas innobles facciones parecidas á tierra inculta. ¿Era la necesidad de vivir en compañía la que habia obligado á la vieja á adoptar aquel chiquitin? Poco podia esperarse de aquel enjuto corazon; pero quién puede asegurar que en el hombre mas empedernido no vibra una fibra de tal ó cual desconocido sentimiento?

Sea lo que fuere Isidrin vivía con su abuela, como la llamaba él. Aquel dia se habia pasado, la mañana en la cama; (la vieja no le obligó á levantarse) y cuando le pareció que la comida debia de estar á punto echó pie á tierra y se engulló un puchero de sopa con un poco de rancio por todo adobo. Quedóse despues en el rincon de un escasísimo fuego y al ver brillar el sol juzgó la ocasion propicia para largarse

de su hedionda vivienda. La vieja le dió una rebanada grande de pan y una compasiva vecina le echó en ella ¡oh dicha! un polvito de sal y unas gotas de aceite. Isidrin guardó la tostada en el seno y se llegó á ver las tiendas. ¡Qué hermosas, qué resplandecientes estaban todas! ¡Qué preciosos juguetes ostentaban los amplios escaparates, aun chicos para contenerlos! Cómo á tener dinero comprára de bonísima gana aquel caballo mayor que él! ¿Pues y aquel toro que parecia un torito de verdad? ¡Ah! si él lo tuviera para jugar, cómo nunca mas se acordára de las verdes y largas calabazas á las cuales les ponía cuatro palos á guisa de patas y luego dos virutas figurando los remangados cuernos y por fin un trapo cualquiera á estilo de cola! ¿Y aquel teatro que en la tienda se divisaba? ¡qué cambios de decoracion no haría Isidrin con él! Precisamente allí cerca mostrábase al descubierto una caja de soldaditos de plomo, los cuales hallarian fácil colocacion en el pintarrajeado escenario y allí se libraría una descomunal batalla, como él habia visto en los "Magyares," una tarde que adhiriéndose á un granuja, logró colarse hasta el paraiso de la Zarzuela apesar del revisador de billetes. Las muñecas no le seducian menos: algunas iban vestidas de hombre, pero él solo se fijaba en las que llevaban largas colas cubiertas de encaje; ¡cuánto diera él por tener una hermana así! pero una hermana de verdad, de carne y hueso, probablemente él no iría tan andrajoso entonces.

Todo le encantaba al pobre Isidro, todo le rendia la voluntad y todo se contentaba con mirarlo sin procurar apropiárselo por medios violentos ó deshonestos. ¿De dónde habia tomado el desheredado tales respetos á la propiedad ajena? Seguramente no en el centro donde vivia; pero era sin duda un gran criminal arrepentido que se habia preparado bien, pero muy bien en el espacio á fin de templarse lo bastante para venir á este mundo entre gente ignorante, ruin, falta de sentido de moral y no contaminarse con sus perniciosos egemplos.

Así Isidrin abandonó las quincallerías parándose luego en los restauranes y confiterías sin mas deseo que gozar con su vista. ¡Cómo se le hacia la boca agua ante los dorados pavos sustentando en la ancha espalda succulentos adornos! El pobre espulsado del festin de la vida consideraba que todo aquello debia de ser muy bueno, si bien le quedaban sus escrúpulos de que todo quizá no era comestible; porque aquellos rojos bichejos que allí asomaban formando emperegilada rosca ¿qué serian, rana ó pez? quizá estuviesen allí puestos para hermostear el conjunto. De lo que no cabia duda era del enorme salmonazo, que en lugar de ojos tenia dos medios huevos y una boca muy abierta dispuesta á tragar lindos pececillos, allí cercanos, como si pronto, muy pronto no hubieran de encerrarle á él en las profundidades de alguna humana y oronda panza.

Todo lo contemplaba Isidrin y no habia cosa que no le agradara sobre manera tanto que ni siquiera recordó la tostada que tan guardadita llevaba en su pecho. Por fin hartado de mirar y admirar, fuése á sentar en el poyo de una puerta, pareciéndole que en él podria ver discurrir la gente sin que nadie le molestara. Allí estuvo un rato observando maquinalmente el vaiven de los transeuntes, cuando le vino al pensamiento que allá en las profundidades de su desharrapada camisa y puesta como bizma encima de las costillas, llevaba una soberbia rebanada de pan pringadita con su aceite y adobada con su granito de sal; tentóse el cuerpo y sacóla; estaba bien, muy bien, no habia sufrido desperfecto alguno; iba á llevarla á la boca cuando su atencion se distrajo con una escena del cambiante espectáculo ofrecido por la calle. Era vulgarísima y nada nueva para él, pero entonces le embargó los sentidos hasta el punto de no pensar en probar bocado. Una señora que le pareció hermosísima, desembocó por una travesía, llevando de la mano un precioso niño de seis á siete años. Dieron algunos pasos por la acera y los dos entraron en la

tienda frente á la cual estaba sentado Isidrin, el cual embelesado seguía con la vista los movimientos de ambos. ¡Qué guapa estaba aquella señora con su abrigo de pieles y su sombrero de plumas y con qué gracia sonreía! ¡cuánta dulzura había en sus ojos! ¿Y qué decir del niño que con ella iba? su carita fresca como una mañana de mayo respiraba salud y contento; su cabello dorado como el trigo caía sobre los hombros en numerosos bucles. Altas polanias y diminutos guantecillos protegían sus piernas y manos del rigor de la estación; un corto abrigo de astracán dibujaba su airoso cuerpo y una gorrita de pescador cubría su linda cabeza. En todo se fijó Isidrin y de todo empezó á hacer comparaciones y á sacar consecuencias. ¡Qué diferencia entre los dos, qué contraste entre aquella elegante mamá y la bruja de su abuela! Todo en el niño de la tienda denotaba una mano cuidadosa, afectuoso esmero; en su carita lavada, en su pelito bien puesto, en su rico traje se advertía la solicitud maternal de una mujer culta, mientras el pobre expósito no tenía quien pasara una mano por su cabeza, selva vírgen á la sazón, ni quien se ocupara de su cara, ni quien le vistiera..... nada. La vieja solo le arrojaba un mendrugo de pan y lo cobijaba bajo su techo. Al ver los estirados pantaloncitos del niño mimado de la fortuna, Isidro recordó como en días no lejanos le habían dado un pantalón de hombre que él llevó entusiasmado á la abuela para que lo recortara á su medida y la vieja se contentó con coserle los bajos con los altos, con lo cual el chiquitín bailaba dentro de aquella holgada vestimenta sostenida con cuerdas á manera de tirantes para que no se le viniera al suelo. ¡Ah qué desgracia, qué inmensa desgracia no tener una madre como la que estaba viendo; su hijo iba y venía por la tienda como una ardilla, ella contenía sus extralimitados deseos, pero siempre sonriente, siempre mirándose en aquel su adorado vástago que traía revueltos á los dependientes, los cuales á mas y mejor exhibían ante la linda criatura porción de caprichos y preciosidades.

Isidrin no apartaba la vista de aquel cuadro de felicidad y de abundancia: inmensa tristeza le dominaba, pero la mujer y el niño lo atraían como el abismo; cuanta mas satisfacción advertía en sus semblantes, mas crecía la angustia del pobre desheredado, no porque tuviera envidia del bien ajeno, sino porque sentía el pesar del mal propio. ¿Qué había hecho para merecer tan negra suerte, él tan pacífico, tan conocido en el barrio por sus buenas costumbres? ¿por qué se le trataba tan mal, por qué no tenía ni hermosura, ni salud, ni talento, ni riquezas? Dios no se había acordado de él, no le había dado nada.... nada.....

Tales reflexiones le acarrearón en un momento dolor cuasi infinito y mas cuando vió que terminadas las compras la madre y el hijo salieron de la tienda cargados de paquetitos y que el niño en un arranque de alegría se izó de puntillas para besar el hermoso rostro de su madre, la cual advirtiéndolo su intención bajó suavemente la cabeza y estampó un beso en la frente de su linda criatura. ¡Ah! aquello era ya demasiado: mientras Isidrin estuvo contemplando dulces, trajes y juguetes aun se creyó feliz, pero aquel beso le hirió en lo vivo, le llegó al alma; entonces se juzgó desgraciado á mas no poder y cerró los ojos como para desviarlos de aquella purísima manifestación de cariño; cuando los abrió la dama y el niño pasaban cerca de él y tan embelesados en su conversación que ni siquiera advirtieron la presencia del que tanto les había contemplado: un bulto de los que llevaban rozó la tostada que el huérfano tenía intacta entre el índice y el pulgar y se la tiró al suelo. Isidrin quedó aterrado; atónito miró á su inocente agresor y luego se dirigió al pan: solo estaba súcio por un ladito, lo demás muy aprovechable. Tal juzgó, pero no se levantó para recogerlo. ¿Qué le importaba la tostada si no tenía madre, para qué quería vivir, si nunca un beso maternal había de acariciar su rostro? ¿quién le querría en el mundo, quién había de hacer caso de un pobrecito huérfano? Llanto co-

piosísimo sucedió á tan amarguísimos pensamientos; para no llamar la atención Isidrin se cubrió la cabeza con un giron del tapabocas y allá en su mente vió el hogar que él no habia tenido, los juguetes que solo de vista conocia, los hermanos con quienes los compartia, los maestros que le habrian educado enseñándole á leer, afan de toda su vida, y tanto lloró y tanto divagó que al fin quedó rendidito dormido, y en sus sueños se remontó á un mundo mejor donde los juguetes le parecieron fruslerías ante las maravillas de la celeste luz, y los libros cosa poca comparativamente con la comprension que á raudales penetraba su inteligencia, y las caricias de una madre, amor insignificante al lado de puros espíritus que sonrientes lo envolvian en sus benéficos efluvios y con dulzura infinita le decian: bienvenido..... bienvenido.....

Y el sol se ocultó y se apagaron las luces y las tiendas se cerraron, y volvió á llover y á nevar y las calles quedaron desiertas; y al dia siguiente los periódicos de la córte daban cuenta de haberse hallado á media noche, un niño congelado en el poyo de una puerta, cuyo cadáver no se habia podido identificar.

MATILDE FERNANDEZ DE MARTINEZ.

A UN NIÑO EN UN HOSPITAL.

Me causa horrible impresion
Un niño en un hospital;
¡Qué destino tan fatal!
¡Qué temprana es su expiacion!
¡Cuán triste es la situacion
Del infeliz pequeñuelo,
Que desterrado del cielo
Vive en la tierra proscrito,
Sin ese calor bendito
Que dá el maternal desvelo!

Vive en mi memoria un sér
Que por su suerte fatal,
Para aumento de su mal
Llegó en el fuego á caer:
De su cruento padecer
La caridad se apiadó,
En sus brazos le estrechó,
Y en un hospital sombrío
(Donde el alma sieate frio)
Al niño depositó.

Qué es endeble, pequeñito,
Anémico, delicado,
¡Pobre ser abandonado,
Quizá fruto de un delito!
Siempre solo el pobrecito
En su camita se esconde!
Si le preguntan, responde
Con voz débil, quejumbrosa,
Su mirada es cariñosa,
¿Dónde habrá nacido?... ¿dónde?

¡Nadie pregunta por él!
En la hora de la visita
No se vé un alma bendita
Que en prueba de afecto fiel,

Deje en sus labios la miel
De un beso del corazon;
¡Nadie tiene relacion
Con aquel desventurado!...
Y al verle tan desgraciado
¡Quién no siente compasion!

Beso su marchita frente
Diciéndole: ¡Pobre niño!
¿A nadie inspiras cariño?
¡Cuán horrible es tu presente!
¿Y por qué siendo inocente
¿Tanto tienes que sufrir?
¿Por qué tienes que vivir
En tan triste soledad?
¿Qué hiciste á la humanidad
Que te condenó á morir?

Porque tu vida no es vida;
No vive el que vive solo,
Y va de un polo á otro polo
Sin oír una voz querida.
¿A dónde fué tu caída?
¿Tu culpa dónde empezó?
¿Donde tu alma sucumbió
Al peso de su delito?
¿Quién eres débil proscrito?
Tu ayer quiero saber yo.

«Mucho pides en verdad
(Me dice un ser de ultratierra)
Mas ya que tanto te aterra
De un niño la soledad,
Y sientes viva ansiedad
Pensando en su desventura,
Oye una voz de la altura
Que te contará una historia:

Y grábala en tu memoria
Que es de enseñanza segura.»

«Cuando veas en la indigencia
A un pequeñuelo inocente,
Recuerda que su presente
Es de su ayer consecuencia;
Es que fué flor sin esencia,
Corazon endurecido
Que nunca escuchó el gemido
Del mendigo atribulado;
Y un magnate del pasado
Es el niño desvalido.»

«Que hoy te inspira compasion
Por su triste soledad;
Fué un tirano de otra edad,
Y hoy recibe en galardón,
En justa compensación
El lecho de un hospital;
Que no hay destino fatal,
No hay mas que culpa y castigo;
Y no existe otro enemigo
Que el placer de hacer el mal.»

«El niño que hoy compadeces,
Fué ayer magnate opulento
Que de placeres sediento
Los apuró hasta las heces,
Y que repetidas veces
Sus hijos abandonó,
Y las quejas despreció
De las que en locos antojos
Fijando en ellas sus ojos,
Con su aliento mancilló.»

«El llanto de un pequeñuelo
Nunca le causó impresion.
Era un ser sin corazon,
Para el bien era de hielo;
El placer era su anhelo
Y en su goce sin medida,
Para él no tenia la vida
Sentimiento ni ternura;
Era un alma sin dulzura
En el vicio envilecida.»

«Se le dió de la opulencia
Sus mas deslumbrantes galas,
El amor le dió sus alas
Y su poderío la ciencia;
Tuvo en mas de una existencia
Cuanto sueña la ambicion;
Mas ¡ay! que su corazon
Sordo á la voz del deber,
Empeñado en descender
Llegó á la degradacion.»

«Y en el polvo confundido
Vivió luego entre la plebe,
Sin sentir en lo mas leve
Su corazon conmovido.
Era un sér envilecido
Que gozaba en su abandono;

Y lo mismo al pié de un trono
Que viviendo esclavizado
Repitió con tono airado:
Yo no olvido ni perdono.»

«A estos seres sin amor
Que no quieren despertar,
Para hacerles progresar
Hay que darles el dolor,
Soledad al rededor,
Abandono en su niñez,
El hambre, la desnudez,
El afán de ser querido;
La angustia del afijido,
Y esto una vez, y otra vez.»

«Solo así llegan á ver
Los que no querian mirar;
Los que decian: ¡A gozar!
Solo hay un Dios ¡el placer!
El sacrificio, el deber,
La sublime abnegacion
¿Qué es todo ello en conclusion?
Una ilusion engañosa,
Un sueño color de rosa;
Problema sin solucion.»

«Pues los que ayer se mofaban
De la virtud y los deberes.
Los que solo en los placeres
Sus aficiones cifraban,
Los que el amor despreciaban
Son los que hoy abandonados
Se encuentran desheredados
En los tristes hospitales,
Víctimas de horribles males
Por ellos mismos creados.»

«Ya lo sabes, esos son
Los que hoy tienen que sufrir,
Los que hoy viven sin vivir.
¡Ténles mucha compasion!
¡Es tan triste su mision!
¡Tienen tanto que expiar!...
La cuenta que han de saldar
¡Tiene tantas... tantas sumas...
Como las olas espumas
Y como arenas el mar!

«Compadece á los caidos,
Interésate en sus males,
Y que sean los hospitales
Tus lugares preferidos;
Piensa que los desvalidos
Han de menester consuelos,
Conságrales tus desvelos
Porque los atribulados,
Son espíritus turbados
Desterrados de los cielos.»

«Sin compasion no hay grandeza,
Sin amor no hay sentimiento,
Sin caridad el pensamiento
Nunca adquirirá nobleza,

El que compadece, empieza
La redencion de sí mismo;
Comienze pues tu bautismo
Compadeciendo y amando
Y á los pobres levantando
De su tenebroso abismo »

«Adios, ya sabes la historia,
Del niño del hospital;
Es la historia universal:
¡Viven tantos en la escoria!
Consévala en tu memoria
Y ama al pobre pequeñito,
Porque es un débil proscrito
Que hoy está desheredado.
¡Es un ser tan desgraciado!...
¡Pobrecito!... ¡pobrecito!...»

Asi el espíritu habló,
Con atención le escuché,
Y jamás olvidaré
El consejo que me dió;
Y al niño que me inspiró
Interés tan verdadero.
Iré y le diré: Te quiero
Porque eres muy desgraciado,
Porque abrojos has sembrado
De tu vida en el sendero.

Nada valgo, es la verdad;
Pero sé compadecer,
Y he comenzado á querer
A toda la humanidad,
El amor de la piedad
Siento cual nunca sentí
Desde el dia que te ví
Y te dije con ternura:
¿Quién eres pobre criatura
Que nadie vela por tí?

¿En qué palacio has vivido?
¿En qué tugurio has pecado?
¿Qué hicistes en tu pasado?
¿Cuándo te has envilecido?
Te encuentras ya redimido
O pagas diente por diente?
¿De una causa inteligente

Reconoces la gran ley,
Que da al vasallo y al rey
Mañana, ayer y presente?

¡Pobre niño abandonado!
¡Pobre viajero perdido!
¡Pobre avecilla sin nido!
¡Borre tu llanto el pasado!
Que tu ayer quede borrado,
Que en blanco mires las hojas
Del libro de tus congojas,
Y con fé pura y sencilla,
Siembres del bien la semilla
Y el fruto del bien recojas.

Que adelante con tu cruz
Sigas senda de progreso
Y que le pidas á Dios
Ser tú quien rasgue el capuz
Y el que difunda la luz
De la suprema verdad,
El que dé á la humanidad
Nueva fé para vivir,
El que la dé un porvenir
¡De santa fraternidad!

Seas tú ¡oh! niño el enviado
De sagrada profecía,
Borre tu sabiduría
El error de tu pasado;
Seas tu el Mesías esperado
Por los pueblos oprimidos
Levantando á los caidos
De impostoras religiones;
Y sean tus revelaciones
Redencion de los vencidos.

¡Niño! levanta tu frente
Hoy por el dolor marchita;
Tu espíritu necesita
Engrandecer su presente.
¡Brille la luz refulgente!
¡Atrás sombras del error!
¡Huid fantasmas del dolor!
¡Niño! tu lecho abandona,
Y conquista la corona
Divina de un Redentor!

Amalia Domingo Soler.

¿No hay Dios? ¿No hay humanidad?

No puede ser, me ahogaría
si tal á creer llegara,
si la idea me faltara
de ser feliz algun dia;
¡cruzar la tierra sombría
con al alma desgarrada,
para el fin de la jornada
tras de tanto sufrimiento,

lanzar el último aliento
que va á perderse en la nada!!...

Decidme, los que á creer
llegais tales desaciertos,
¿tuvieron alma los muertos
ó es todo materia el sér?
si existe el alma, vencer

ese espíritu divino
la materia, es desatino,
razón por la que se infiere
que cuando el cuerpo se muere
siga el alma á su destino.

—
Mas si ese hálito inmortal
es ficción del pensamiento,
bueno, ó malo, el sentimiento
¿es efecto material?
cuando reduce el mortal
la vida, con torpe empeño,
á círculo tan pequeño,
¿no resuena en su conciencia
el eco de otra existencia,
horizonte más risueño?

—
Nacer, tener sentimiento,
sufrir, delicias soñar,
morir, y solo quedar
cenizas que lleva el viento.
Solo ese sentir presiento
en pequeños corazones,
que con insulsas razones
quieren negar torpemente
que hay un Dios justo y potente
que juzga nuestras acciones.

—
Que aunque en el mundo tal vez
el hombre hipócrita pueda

cubrir con disfraz de seda
la más grande avilantez,
llega la muerte despues
y en lucha breve y aguda
desata con mano ruda
las cintas con que sujeta
el criminal la careta,
y queda el alma desnuda.

—
Allí el soberbio, la calma
no compra con su tesoro;
allí del humilde lloro
nacen las flores del alma;
allí dá sombra la palma
que en la virtud reverdece,
no los laureles que ofrece
ese mundo veleidoso
que adula al rico dichoso
y aja al pobre que padece.

—
¡Negar á Dios! torpe idea
hija de humanos deslices,
que enferma con sus raíces
el cerebro que la crea.
¡Negar que hay alma, y qué sea
esa esencia bendecida
donde el sentimiento anida!
no; que con fuerza infinita
hay una voz que nos grita:
¡hay Dios, hay alma y más vida!

A. S.

Canto de la ciegucecita florista.

I.

Comprad mis flores,—oid mi ruego,
Para vosotros—yo las cogí;
La ciegucecita—viene de lejos
Trayendo encantos—de su jardín.

Bella es la tierra,—me dicen todos,
Bella es la rosa—y el alelí,
No es perdurable—lo que es hermoso
Pero es muy grato—suave matiz.

Cogí el capullo—de los varaes;
Bien dormiditas—las sorprendí;
No hace una hora—corté sus tallos;
Ornad con ellas—vuestro festin.

Perlas del aura—rocío y llanto
Veréis mezclados—con el sonris
Junto á los bordes—de la corola
Que el tierno Céfito besó gentil.

II.

De luz un mundo—tenéis vosotros,
Tan solo sombras—hay para mí;
Mi casa es triste,—comprad mis flores,
Y por vosotros—podré vivir

Me hallo en el reino—de los suspiros,
Me hallo sin goce,—soy infeliz,
Tiendo los brazos—en el vacío,
No sé cual sea—mi porvenir.

Mis flores hablan—y me consuelan:
Ven ciegucecita—dice el jazmin,
Ven ciegucecita,—dice la rosa,
Tu aliento dame—y amor gentil.

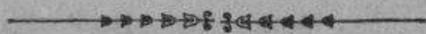
Comprad mis flores,—oid mi ruego,
Para vosotros—yo las cogí;
La ciegucecita—viene de lejos,
Trayendo encantos—de su jardín.

C. B. L.

SUSCRICION PARA EL MONUMENTO DE FERNANDEZ.

Suma anterior; 1.347 pesetas 50 céntimos. De Manuela 1 peseta: de Aurea Amigó 3 id. 50 céntimos; de un libre pensador 1 peseta 25 céntimos; del Centro *Aurora* de Sabadell 25 pesetas; de Esperanza Perez 4 id.; del Recidio de Tarragona 2 id. 10 céntimos, de los espiritistas del Circulo *La Buena Nueva* 2 pesetas 65 céntimos; de una señora espiritista 3 pesetas; de Joaquin N 25 céntimos; de José Ugalde 50 id.; de Cayetano Barroso 50 id.; de Josefa Lopez 50 id.; de Felipe Borroso Lopez 50 id.; de Teodomiro T. de Meneses 1 peseta, de A. C. 10 id.; de los espiritistas de Torre Don Gimeno 5 id.; de Emilia Llepés 2 id.; de M. Vallés 5 id.; de una amiga de Fernandez 25 céntimos; de Felipa Agreda 50 id.; de Pedro Sanchez Garcia 1 peseta; de María García 50 céntimos; de Encarnacion García 25 id.; de Josefa García 25 id.; de Gabriel Lopez 50 id.; de Joaquin Vicente 50 id.; de varios espiritistas de Fraga 1 peseta y 20 céntimos, de Córdoba 5 pesetas; de Diego Ponce de Leon 2 id.; de Vicente Escolano 2 id. 90 céntimos; de Vicenta Escolano 2 pesetas 50 céntimos; de Manuel Molina Sevilla 1 peseta; de José Vicente 1 id., de Francisco Sevilla 1 id.; de Josefa Llopas 50 céntimos; de Salvador Molina 50 id.; de Pascual Gonzalez 50 id.; de Angela Dura 50 id.; de Ramona Molina 20 id.; total 1437 pesetas 40 céntimos.

Queda abierta la suscripcion y se reciben donativos de 5 céntimos en adelante.

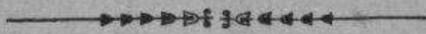


DINERO DE LOS POBRES.

En el núm. 27 de *LA LUZ* dijimos que nada quedaba en la caja de los pobres despues se han recogido las cantidades siguientes:

De Teresa 5 pesetas, de Carlos 4 id., de Manuel Blanco 5 id., de Rosa 50 céntimos, de una mujer 1 peseta, de Aurea Amigó 3 id. 50 céntimos, de una señora espiritista 2 pesetas, de Felipa 1 id., de Pedro 5 id.; total 27 pesetas, que hemos distribuido del modo siguiente: á una pobre viuda 11 pesetas, á una anciana muy pobre 9 pesetas 50 céntimos, á la viuda de un suicida 5 pesetas 50 céntimos, á una niña ciega 1 peseta.

¡Nada queda en la caja de los pobres!



PENSAMIENTOS.

El bien que puede desear el espíritu lo ha de obtener siempre por los merecimientos de sus buenas acciones.

La pureza de corazon es la riqueza mas esplendorosa que el espíritu puede alcanzar.

El progreso del espíritu es el producto de sus buenas acciones.

La tranquilidad de conciencia es una garantía de paz para el espíritu.

La virtud, el progreso y la ciencia. se abren paso ante los mayores obstáculos: así como la verdad, la justicia y la razon.